

GERMINAL

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

Madrid.....	Trimestre.....	2	pts
	Año.....	7	—
Provincias..	Trimestre.....	2,50	—
	Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar: Año, 15 pts.			
Número suelto, 15 cts. —Atrasado, 50.			
25 ejemplares, 2,50 pesetas.			

HORAS DE OFICINA: DE 3 A 6.

Redacción: LIBERTAD, 29, Madrid.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

SUMARIO.

La redención por la Ciencia.—Carne de ola, D.—La crítica decadente, A. de Santaclara.—El servicio obligatorio.—La fe de las mujeres (poesía), Ramón de Campoamor.—Los dulces de la boda, Joaquín Dicenta.—Los presos de Montjuich.—La Alhambra (poesía), Manuel Paso.—El pan.—Pi y el socialismo.—La horizontal (poesía), Alfonso Tobar.—El manguito de Francisca, Enrique Murger.—Vagabundos de levita, Ernesto Bark.—Cosas.

GERMINAL, nuestro valiente semanario, el que desde hace 24 números viene sosteniendo incansable campaña por la causa socialista y por la causa de todos los grandes ideales modernos, ha recogido mucho antes de lo que esperaba el fruto de sus esfuerzos y la recompensa de su honrada labor.

El germen en él arrojado, no por los hombres que firman estas líneas, por las santas y nobles ideas en que esos hombres se inspiraron siempre, ha roto el surco que lo cubría para ramificarse y extenderse en brotes nuevos y, según nuestras esperanzas, fecundos.

La causa republicana socialista no va á tener sólo un semanario que la defienda: la juventud revolucionaria en arte, en ciencias, en política, todo lo que alrededor de la bandera de GERMINAL se agrupara para luchar y para vencer, contará desde el lunes con una arma nueva y poderosa, con un periódico diario.

Este periódico es *El País*.

Los propietarios é inspiradores del antiguo diario republicano progresista, comprendiendo que las actuales circunstancias, que el incesante progreso de las sociedades modernas necesitan, si no han de agonizar en peleas estériles, más amplios horizontes, más dilatadas esferas de actividad, más avanzado puesto en la pelea, han concordado con los redactores de GERMINAL que suscriben estos párrafos, y noble, generosa, desinteresadamente les han dicho: Vuestros creencias son las nuestras, queremos compartir vuestras tareas, vuestras fatigas, vuestros desastres y vuestras victorias; las ideas republicano-socialistas revolucionarias en que os inspiráis son las nuestras desde hoy. ¿Necesitáis una arma para luchar con ventajas mayores de las que habéis luchado hasta el presente? Pues ahí os entregamos nuestro periódico. Combatid en él, triunfad en él, no digáis que los viejos progresistas apostatan de su nombre y se niegan á coadyuvar en la obra de justicia que quiere realizar la juventud.

Eso han dicho ellos y nosotros hemos aceptado. ¿Cómo no, si aceptar representa no un triunfo, lo cual sería poco, una obligación, lo cual es para nosotros todo, porque es el deber?

* *

Nosotros no nos separamos de GERMINAL; seguimos en él; GERMINAL no se separa de nosotros, con nosotros viene. Los hermanos en

ideas pueden combatir desde distintos puntos, pero siempre por la misma causa, para saludarse con la mano en las treguas que la pelea con el enemigo común otorgue y abrazarse con gozo el día del triunfo.

GERMINAL continúa, *El País* empieza; nosotros, los que al *País* vamos, podremos por las exigencias de la labor diaria no ser tan asiduos en nuestras tareas de colaboración para GERMINAL, pero nuestro espíritu, nuestro cerebro, nuestras esperanzas, las de un lado como las del otro, van juntas; juntos estamos, Salmerón y García en GERMINAL dirigiéndolo y defendiéndolo, nosotros en *El País*; juntos estamos, prescindiendo de criterios personales que en nada influyen ni á la integridad de nuestras ideas, ni á la robustez de la común aspiración.

En un sitio y en otro hay hombres dispuestos á sacrificarlo todo por el triunfo de la causa republicano-socialista.—JOAQUÍN DICENTA.—ANTONIO PALOMERO.—RICARDO FUENTE.—RAFAEL DELORME.—ROTUNY.—MANUEL PASO.—EDUARDO ZAMACOIS.

LA REDENCIÓN POR LA CIENCIA.

DISCURSO DE BERTHELOT.

GERMINAL, que se asocia á todas las elevadas manifestaciones del pensamiento y del arte, publica hoy, con orgullo, el hermoso discurso que el insigne Berthelot pronunció en un banquete provocado por la iniciativa de la Juventud republicana de París. Fue por aquellos días en que el espíritu religioso agonizante pretendió hacer revivir la antigua contienda entre la Ciencia y la Fe, y en que se lanzó la frase ridícula y famosa: «la bancarrota de la Ciencia», acaso una verdadera consigna de esta reunión clerical cuyas tentativas tanto se multiplican de algún tiempo á esta parte y se manifiestan en medios donde no se les esperaba y bajo auspicios y patronatos todavía más extraños, según afirmaba Brisson. Y en defensa de la Ciencia—que se quiere desacreditar, llevando la turbación y duda al alma contemporánea, procurando desagregar las huestes democráticas y liberales, pensando en preparar por el escepticismo, la mera generación al embrutecimiento de la fe—en defensa de la Ciencia que persigue su obra de emancipación, de luz y de vida, de la madre augusta de la libertad de conciencia, de la inmortal, de la eterna Ciencia á quien el misterio pertenece porque continuamente marcha á su conquista —alzó su voz Berthelot, el filósofo, el hombre de Estado, el sabio, el hombre que ha consagrado su vida entera al triunfo de la razón y de la democracia, el insigne químico que ha logrado simplificar, elevar á la unidad el trabajo de las fuerzas y agentes naturales, haciendo de la química, esclava de las notaciones y de los signos, perdida en el juego estéril del análisis, ciencia de muerte, una ciencia animada por la síntesis que combina, compone, construye, una ciencia de vida.

La infatigable labor del gran químico que tan fecundos descubrimientos ha aportado á la obra científica de este siglo, del sabio que ante los representantes de la industria moderna, mostró un día al hombre del porvenir libertad de la necesidad de cultivar penosamente la tierra para procurarse su sustento, en facultad de fabricar él mismo sin otra materia primera que el aire, el agua y el carbón, los alimentos necesarios á su vida, todos esos compuestos químicos cuya fabricación parecía hasta el reservada á la vida orgánica, pseudónimo en esa circunstancia de Dios mismo, esa labor infatigable, esa carrera gloriosa del gran Berthe-

lot, del espíritu radical que ha proclamado que la Ciencia y el sabio deben tener una opinión política, esa labor atestigua que la Ciencia es y será el guía de la humanidad que, venerada y bendita ella, es la verdadera redentora de la vida.

Hé aquí el discurso:

«Sí, sentados alrededor de esta mesa, veo tantos sabios, artistas, escritores ilustres, gloria de la patria francesa y de la civilización, tantos eminentes hombres de Estado, los jefes del Parlamento, los representantes de la Francia entera y de la ciudad de París, los órganos de las grandes asociaciones republicanas, tengo que reconocer forzosamente que, en realidad, lo que aquí á todos os congrega es vuestra devoción por una gran causa. Aquí habéis venido llamados por vuestro común amor á la libertad de pensar, á la libertad del arte, á la libertad política, libertades inseparables, como lo son también sus consecuencias próximas, la igualdad social y la solidaridad entre todos los hombres. Ese es el lazo moral que existe entre todos los asistentes á este banquete, convocado en nombre de la Ciencia emancipadora.

Continuamos así la tradición de nuestros padres, porque el ideal de las nuevas sociedades ha sido proclamado en el mundo por los filósofos y los sabios de la Revolución francesa, en nombre de la razón y de la Ciencia doblegadas durante siglos bajo el yugo opresor de la teocracia, de la monarquía y el feudalismo que hoy dominan todavía sobre la tierra. La cultura científica hasta hoy, no lo olvidemos, no ha sido plenamente liberada sino en cuatro ó cinco pueblos civilizados...

Tiene dos poderes la Ciencia: uno moral, otro material; uno y otro abarcan todo el dominio humano en el orden industrial y en el orden social. Permitidme recordaros ante todo cuál es el origen de este doble poder. Está todo entero en nuestro método que consiste á derivar todo conocimiento exacto de la observación y de la experiencia, dejando á un lado el misterio de las revelaciones; tal es el método que guía al sabio en su gabinete y en su laboratorio; el sabio es, por lo demás, modesto y templado en sus afirmaciones, lo cual con frecuencia se le imputa como prueba de impotencia, mientras que él como honor lo considera porque conoce los límites de la certidumbre humana y la debilidad de su propio espíritu. Hé aquí por qué no enseña ningún catecismo ni jamás se declara el órgano infalible de un dogma invariable. No tiene más guía que el amor á la verdad, y tiene confianza en su triunfo final, viendo los resultados adquiridos. Puesto constantemente á prueba, robustecido cada día por éxitos más extendidos y múltiples, el método científico es hoy, sin disputa, la fuente principal, si no única, del progreso moral y material de las sociedades de ahora.

Digo de ahora; debiera decir de siempre. La Ciencia, en efecto, por sus resultados y sus leyes proclamadas directamente hoy, mientras que en otros tiempos eran disimuladas bajo el velo de los símbolos filosóficos ó religiosos, la Ciencia, repito, ha sido la fuente de todos los progresos realizados por la raza humana desde sus lejanos orígenes.

En el orden puramente industrial nadie se atrevería á ponerlo en duda, tan evidentes son los cambios producidos en un siglo por las aplicaciones de la mecánica, de la química, de la electricidad á la organización de los pueblos civilizados. Tan grandes son que apenas pudiéramos formarnos una idea si no tuviéramos como término de comparación el estado actual de las sociedades atrasadas del Oriente, y para tomar un punto de retroceso más lejano, el estado de las sociedades bárbaras del África; no quiero trazaros aquí el cuadro de estas conquistas pacíficas de la industria moderna; necesitaría mucho tiempo para enumerar tan sólo una mínima parte.

Pero lo que hay que decir, lo que hay que proclamar altamente es que el progreso material debido á la Ciencia es el fruto menor de su trabajo; reclama un dominio superior y más vasto: el del mundo moral y social. En efecto, todo deriva del conocimiento de la verdad y de los métodos científicos, mediante los cuales es adquirida y es propagada: la política, el arte, la vida moral de los hombres, lo mismo que su industria y su vida práctica. Digo el arte y la poesía en primer término, porque el sentimiento de lo bello domina en

las razas humanas en un grado tanto más eminente cuanto están más adelantadas en civilización; en Oriente como en Occidente, al presente como en el pasado, vemos estallar las manifestaciones multiformes de esta triste verdad.

Los monumentos del arte datan de la más lejana antigüedad; los encontramos ya en la edad de piedra y los volvemos á encontrar en esas tumbas que encierran los preciosos restos de un arte que se remonta á los mismos orígenes de la historia. Los dibujos, alhajas, pinturas, esculturas, edificios descubiertos en Memphis, en Babilonia, en Mycenae, todo nos muestra qué papel representaba el arte apoyado sobre una ciencia práctica, profunda ya y refinada, en la vida de los pueblos, hace cinco ó seis mil años.

Pero no sólo bajo el punto de vista material de los procedimientos de ejecución aporta la Ciencia al arte su concurso. El arte y la poesía no alcanzan toda su perfección sino por un íntimo acuerdo de sus concepciones con el conocimiento de la Naturaleza y de las realidades contrastadas por la Ciencia; entiendo por esto el conocimiento interior de los sentimientos y de las leyes del mundo intelectual y moral; entiendo también el conocimiento exterior de la humanidad y del universo; conocimientos expresados y cada día ensanchados por nuestros descubrimientos en historia, en biología, en física, en astronomía. Los grandes artistas del Renacimiento, Miguel Angel y Leonardo de Vinci, eran también sabios cuyo pensamiento, libre como su arte, había tenido que libertarse de los prejuicios dogmáticos de sus contemporáneos.

Todos sabéis con qué magnificencia las concepciones modernas han sido expresadas por nuestros grandes poetas; los *Novisimos verbos*, de Lamartine; *El Sátiro*, de Victor Hugo; el *Cain*, de Leconte de Lisle, están en todas las memorias. Entre la ciencia y el arte, entre la ciencia y la poesía existe esa relación necesaria, esa alianza indisoluble de lo bello y de lo verdadero ya proclamada por Platón.

Entremos ahora en el dominio del bien; pertenece del propio modo á la Ciencia. Moral privada y moral pública, política y sociología, nada hay en todo ello que deba ser arbitrario, nada que no deba ser puesto de conformidad con las reglas científicas, deducidas de la observación y de la inducción, es decir, del conocimiento de las leyes que presiden á la constitución fisiológica y moral del hombre.

La Ciencia es quien establece las solas bases inquebrantables de la moral, demostrando cómo ésta está fundada en los sentimientos instintivos de la naturaleza humana, precisados y engrandecidos por la evolución incesante de nuestros conocimientos y el desarrollo hereditario de nuestras aptitudes. No existe duda alguna sobre los verdaderos orígenes de la moral, porque los teólogos mismos convienen con nosotros en reconocer que la moral que llaman natural preexiste á sus revelaciones. Lo que les es propio es la pretensión de fijar la moral con preceptos inmóviles que detienen su progreso; es la voluntad persistente de rehacer la Ciencia y de comprimir el pensamiento mediante la intervención del brazo secular, legítima ésta, dicen, allí donde el dominio reconocido de la verdadera religión está en poder de reclamar el apoyo de los gobiernos.

Y, sin embargo, desde los sacrificios humanos, las invocaciones mágicas y las peregrinaciones antiguas, destinados en otros tiempos á provocar la intervención milagrosa de la divinidad, hasta el ascetismo estéril y contra naturaleza y las supersticiones groseras que deshonran los cultos purificados de las naciones modernas, ha existido una cadena no interrumpida de misterios, de creencias y de ceremonias, sucesivamente afirmados como los productos infalibles de la revelación divina y alimentados por la ignorancia y el fanatismo sistemáticamente cultivado.

Bien conocida es la historia, pero siempre se recuerda con fruto, de la evolución por la cual la Ciencia ha emancipado el pensamiento, y el pensamiento, á su vez, ha emancipado los pueblos. Pero la libertad de la Ciencia es una cosa moderna: todos sabéis cómo la doctrina sacerdotal, reservada á los solos iniciados, fué sacada de los templos por los filósofos griegos; cómo Sócrates y tantos otros fueron declarados enemigos de los dioses y de la sociedad y sentenciados á perder la vida por haber profesado la moral independiente; el lazo íntimo que existe entre la liberación del pensamiento y la liberación de las servidumbres sociales se puso desde entonces de manifiesto; pero el número de los hombres accesibles á las enseñanzas de la Ciencia era demasiado restringido para que pudieran adquirir directamente sobre las masas populares la autoridad que provoca las grandes renovaciones.

Una revolución se siguió, en efecto; tomó la forma de una religión más pura, el cristianismo que se apropió las ideas morales de los sabios y de los filósofos y comenzó su aplicación, pero envolviéndolas en un dogmatismo nuevo. Así ocurrió, que apenas asegurado su triunfo, reconstituyó la teocracia y concurrió con la invasión de los bárbaros á traer la ruina de la organización social y de la civilización. Durante diez

siglos, los esfuerzos intentados para despertar el espíritu científico fueron sofocados por el hierro y el fuego, hasta el día en que el renacimiento de la cultura antigua y la reforma religiosa, primer fruto de la ciencia aplicada á los dogmas y á las prácticas teológicas, comenzaron la resurrección moral del mundo.

Entonces fueron proclamados la tolerancia de las ideas y el derecho al libre examen, pero sólo dentro del círculo de la fe cristiana. Los sabios que pretendían salirse de ella fueron igualmente perseguidos por los partidarios de la antigua fe y los sectarios de la nueva: mientras que los católicos quemaban á Bruno y á Vanini, los calvinistas encendían la hoguera en que pereció Servet. Pero no se puede limitar la libertad de examen; una vez admitida para ciertas creencias, se extiende inevitablemente á todas.

Los descubrimientos geográficos de América y del camino de las Indias, y sobre todo los descubrimientos astronómicos de Copérnico y de Galileo, así como la negación de las causas y cualidades ocultas en las acciones físicas, trastornaron á la vez todas las opiniones recibidas acerca del sistema del mundo, del encadenamiento místico de los fenómenos y de la importancia exclusiva atribuida hasta entonces á la autoridad en la Ciencia, á la raza humana en el universo, y en la superficie misma de la tierra á los dioses y á los dogmas salvadores del Occidente, desde aquel día puestos en parangón con los del extremo Oriente. Al mismo tiempo, el descubrimiento de la imprenta aseguraba á la propagación de las ideas una fuerza y una extensión hasta entonces ignoradas.

La Ciencia se hacía así la emancipadora del pensamiento á un triple título: quiere decir, por los medios materiales de acción que suministraba, por los horizontes que abría y por el carácter de certidumbre constantemente verificable de sus métodos. Esto es lo que los filósofos del siglo XVIII, nuestros inmediatos antepasados, han puesto en evidencia y hecho aceptar por todo hombre razonable, merced á su poderosa é irrefutable propaganda. ¡Ahí están para atestiguarlo Voltaire y Diderot, D'Alembert y Condorcet!

De ahí salió la Revolución francesa. Permitid que insista sobre su carácter fundamental. Desde algunos siglos atrás, para no remontarnos demasiado lejos, ha habido una infinidad de revoluciones en el mundo. Pero ni la Reforma de Alemania, ni la Revolución de Inglaterra, ni la que ha fundado los Estados-Unidos, han proclamado en los actos que las han constituido, su independencia de todo dogmatismo y de toda idea religiosa; ninguna de ellas ha declarado que quería asentar las sociedades humanas sobre el fundamento sólido y definitivo de la ciencia y de la razón.

En nombre de estos principios, creó la Convención, hace ahora un siglo, las grandes escuelas de instrucción pública y ese foco de ley universal, el Instituto de Francia. Esa es la originalidad fecunda de la Revolución francesa; lo que hizo de ella un suceso único en el mundo; ese día una era nueva se ha abierto para la humanidad, hasta entonces sujeta á la autoridad de las revelaciones. Los espíritus reflexivos de la época, tales como Goethe, bien lo han notado; desde esa fecha, ya no puede tratarse de imponer á los hombres nuevos dogmas, por racionales que fuesen, en lugar de los antiguos dogmas teológicos. En este respecto las ideas de los políticos y de los sociólogos, demasiado absolutas al principio, han sido poco á poco rectificadas y traídas á una conformidad cada vez más estrecha con los métodos y las concepciones científicas que han introducido en aquellas la noción de la evolución.

La moral privada, la moral social y las instituciones que de ellas derivan cambian y progresan como todo lo que existe; avanzan hoy hacia un ideal de solidaridad superior á las concepciones cristianas fundadas sobre la resignación á la opresión, sobre el odio hacia la naturaleza que consideran maldita, sobre el desprecio hacia el trabajo mirado como obra servil: concepciones que han sido impuestas durante tantos siglos como el último límite de la perfección. Hoy declaramos el derecho de todo hombre al desarrollo de sus facultades por la educación; declaramos su derecho á la vida material, intelectual y moral. Declaramos que nuestro deber, el deber de todos, no consiste en ayudar á nuestro prójimo con una limosna ó una caridad, con harta frecuencia ciega ó insuficiente; sino que debemos tenderle los brazos como á un hermano y asegurarle su parte legítima en los beneficios de una sociedad en que todo goce y toda propiedad son los frutos del trabajo acumulado por las generaciones anteriores. Tendemos así hacia el reino ideal de la fraternidad y de la solidaridad social, proclamados por la Revolución. Tales son ó más bien deben ser las consecuencias de la aplicación de la ciencia moderna á la moral y á la política, persiguiéndolas con un espíritu de moderación, de tolerancia, de justicia y de amor; su evolución legítima provocará una transformación completa de las sociedades humanas. »

RÁPIDA

CARNE DE OLA.

Una lancha tripulada por cinco hombres y un niño se ha perdido en aguas de Santander.

Los tripulantes todos han sido tragados por el mar.

Aquellos hombres salieron á buscar el sustento, á recoger en sus redes el pescado fresco con que los ricos deleitan su paladar y su estómago.

Iban contentos, felices, riendo y cantando, viendo al mar rizarse coquetonamente al beso de la quilla y al sol caer hecho fuego sobre sus cabezas.

¿Qué pasó después?

Nada.

Una lancha que se hunde: cinco hombres que mueren y las olas nutriéndose con carne de pescador, con la carne que constituye su alimento usual.

Cinco familias sin amparo.

Y unos cuantos señores leyendo la noticia de paso que digieren una ración de merluza.

A otra.

D.

LA CRÍTICA DECADENTE.



En varios estudios he demostrado que nuestra decadencia política representada por la Restauración, se refleja en la crítica que está ciega respecto á todo lo que significa vida, progreso, porvenir y que sólo hace genuflexiones á las grandezas del pasado. Ahora mismo se ha levantado en Tarragona un monumento á José Ixart, y los corifeos críticos ni siquiera han interrumpido por un momento sus soporíferas querellas bizantinas. La opinión, los lectores en general cuyas ocupaciones cotidianas no les permiten seguir los detalles del desarrollo intelectual, están desorientados porque ninguna voz autorizada sabe indicarles rumbos fijos.

La crítica debe servir de guía al público para facilitarle hallar las bellezas de entre el farrago de la producción literaria. Nuestra crítica actual hace lo contrario; levanta nulidades, oscurece el talento independiente de la férula del *magister*, y hace imposible que las nuevas corrientes de la inteligencia se cristalicen en ríos caudalosos que fertilicen nuestras letras.

Con satisfacción veo que la prensa de provincias principia á hacerse cargo de esta anarquía literaria. *La Región Extremeña* escribe: «Con profusión de datos había demostrado la revista *GERMINAL* la profunda decadencia en que yace nuestra crítica contemporánea. Comparaba el articulista la generación literaria de los Pereda, Galdós y Clarín, con la restauración, y encontraba el punto de contacto en la cobardía de manifestar sus entusiasmos por el progreso, y la hipocresía de manifestarse liberal y revolucionario sin serlo.»

En efecto, ¿qué hay que esperar de gente para los cuales la moral altruista es una cosa desconocida y que siguen hablando con la unción del clérigo de las excelencias de la *moralidad* que se enseña en el confesionario? Ni pueden comprender los abismos de maldad que encierra un régimen representado por aquellos «moralistas» ni mucho menos pueden comprender nuestra defensa de las víctimas de aquel estado social que son todos los explotados, desde el dependiente de comercio y proletario de levita, hasta la meretriz arrojada por la miseria al lupanar inmundo. Para estos «moralistas» debe parecer nuestra moral de solidaridad social una profanación abominable. ¿Y qué sabrán estos antediluvianos del sublime ideal del amor libre, santificado sólo por la atracción misteriosa que une á Romeo y Julieta?

Para esta gente fósil hablamos nosotros en chino. En Pérez Galdós, este gigante entre los pigmeos, celebraba Marcelino Menéndez Pelayo que no era determinista como Zola y todo pensador moderno, y hace constar con fruición «que basta la más somera lectura de los últimos libros suyos para ver apuntar en ellos un grado más alto de su conciencia religiosa; una mayor espiritualidad en los símbolos de que se vale; un contenido dogmático mayor, aun dentro de

la parte ática, y de vez en cuando ráfagas de cristianismo positivo.»

Eso es, el cristianismo «positivo», vulgo clericalismo, les importa ante todo. Schopenhauer dijo que los filósofos oficiales de las Universidades no buscan la verdad, sino que son empleados del Estado y como tales, obligados á defender la religión oficial basada en el decálogo. ¿Se figurarán nuestros críticos oficiales también que su misión es defender las famosas bases de la sociedad contra la revolución social?

Mucho celebro que la obra crítica principal de Lessing acaba de ser publicada en castellano; tal vez inspirará ideas grandes á nuestros jóvenes literatos. El puesto del Lessing español está vacante. Como curiosidad séame permitido hacerme eco de la opinión del periódico citado de Badajoz que espera de nuestro querido amigo Ricardo Fuente una obra crítica en el sentido indicado: «Ricardo Fuente ha demostrado que tiene el talento y los conocimientos para ser el crítico de la corriente nueva que en la literatura surge á la vida, y que no podrá vencer si antes no combate con implacable energía á los prestigios de la reacción; y la victoria en la literatura es precursora de la victoria política. Fuente mismo ha censurado la ola mística que va enseñoreándose en las obras de Galdós y que se apercibe en *La Regenta*, y que se extiende de la literatura hasta las trincheras del carlismo el día de mañana.»

No cabe duda que las primeras trincheras que debemos tomar son las literarias, donde se han anidado las avanguardias del carlismo, disfrazadas á veces con gorro frigio. Muy de actualidad era lo que relacionado con esto dijo nuestro corresponsal parisién en el número pasado bajo el título «Los carlistas en París».

A. DE SANTA CLARA.

EL SERVICIO OBLIGATORIO.

LA reunión celebrada por los socialistas obreros en el teatro Variedades con objeto de reclamar el servicio obligatorio para todos los españoles de 20 años, cualquiera que sea su clase y su fortuna, se hace acreedora á nuestro aplauso incondicional.

Somos enemigos del ejército tal y como actualmente se halla constituido y organizado; pero dentro del actual estado de cosas; dentro de las leyes sociales que nos rigen, teniendo que sufrir los ciudadanos en virtud de esas leyes el servicio militar, sus fatigas, sus esclavitudes, sus rigores, es verdaderamente inícuo que pueda librarse de ellos cualquiera que posea 1.500 pesetas.

La redención en metálico es en tiempo de paz una gran injusticia, en tiempo de guerra una gran infamia.

Decir á todos los españoles de 20 años sin consultar ni su opinión, ni su voluntad, ni su deseo, vais á partir en busca de climas mortíferos á luchar con la peste, con el hambre, con el sol que seca la sangre, con la humedad que carea los huesos, con el plomo enemigo que mata, con los elementos y con los hombres, puede tener justificación dentro del orden social establecido; pero es preciso para esto que el mandato comprenda á todos los españoles útiles, lo mismo al miserable que trabaja de sol á sol para ganarse un mendrugo de pan, que á quien entre dichas y venturas vive en las espléndidas habitaciones de un palacio.

Si no ocurre eso, si no pasa eso, si eso no se hace, entonces al error social que la constitución de los ejércitos modernos significa hay que sumar un crimen de lesa humanidad, una diferenciación cruel y arbitraria, un delito bárbaro que subleva todas las conciencias honradas.

¿Es un deber el que tienen todos los españoles de servir á la patria y morir por ella? ¿Sí?... No discutamos ahora ni la idea de patria, ni los límites á que debe llegar el deber de servirla. Estemos, aunque sólo sea un instante, de acuerdo con la legalidad constituida. ¿Es un deber éste?... Sí. Pues que lo cumplan todos: que no puedan eximirse de él los ricos, los favorecidos de la suerte; que no recaiga entero sobre los pobres, sobre los desheredados, sobre los infelices; que no sean los hijos de la desgracia y del trabajo víctimas destinadas á sostener en sus bienandanzas y en sus explotaciones á los hijos de la comodidad y del dinero; que no llegue la explotación del hombre por el hombre hasta el cruel extremo de que los que no poseen en la patria ni un palmo de tierra, ni un ladrillo, ni una acción del Banco, ni una credencial, ni una orfandad, ni una cesantía, nada de lo que constituye el suelo, el oro, la riqueza, la industria patrias, nada de la patria, en fin, sean los encargados de defenderla y de velar por ella. Que no ocurra más semejante monstruosidad, porque constituye un atentado contra la conciencia, contra la justicia y contra el derecho.

La redención á metálico es, de todas las explotacio-

nes amparadas por los Gobiernos de la monarquía constitucional española, la más canallesca.

¡Español de 20 años! España está en guerra con los insurrectos cubanos. ¿Eres pobre, trabajador, ayudas con el esfuerzo de tus brazos al sostén de una familia? no importa, suelta el azadón, la paleta, el martillo, la herramienta de trabajo que te da de comer, y empuña el fusil; embárcate, no como hombre que viaja, como ganado que se hacina en el entrepuente y la bodega, en cualquiera de los transatlánticos ofrecidos generosamente al Gobierno por el Sr. Marqués de Comillas; desembarca en Cuba, y si el vómito te respeta, si las calenturas no te matan de golpe, á la manigua, á perder la existencia de un tiro ó á verla consumirse poco á poco por la cobarde labor de la tisis y de la anemia, por las marchas penosas, por las acampadas al aire libre, por todo género de privaciones y de luchas. Anda, sufre, combate, muere allá abajo sin que nadie se acuerde de ti, ó vuelve agonizante á la patria encajonado en el sollado de un trasatlántico, con malos alimentos para tu estómago, malos vestidos para tu cuerpo y mala recompensa para tus servicios, vuelve á morir en un rincón cualquiera como bestia inútil que ha terminado su faena y se abandona en un muladar, vuelve á la patria, español de 20 años, que no tuviste dinero para redimirte, vuelve y revienta como un perro. No has nacido para otra cosa.

¡Español de 20 años! Vives á expensas de tu familia, bien alimentado, bien vestido, sin trabajar, porque no necesitas mantener á nadie, disfrutando todo linaje de comodidades y bienandanzas: pues mira, hay guerra al otro lado del Atlántico, la patria necesita á sus hijos, tú debes ir; pero ¿tienes 1.500 pesetas, 2.000?... Pues no te apures, vive tranquilo, da las 2.000 pesetas y quédate en casa; otros irán por ti, otros sufrirán las penalidades que debieras sufrir tú mismo; otros reventarán en nombre tuyo. Compra tu sangre, porque afortunadamente para ti naciste en un pueblo donde todo puede comprarse barato, hasta la vida de los hombres.

Hé aquí lo que ocurre, lo que está ocurriendo en esta sociedad burguesa, diferenciadora y egoísta; hé aquí lo que trata de evitar la moción presentada por los socialistas obreros en el teatro de Variedades; hé aquí lo que nosotros los socialistas de GERMINAL pedimos con ellos desde las columnas de nuestro semanario.

No, no es posible que ese comercio de sangre humana continúe; no es posible, no puede serlo. Es peligroso, muy peligroso que siga siéndolo.

¿Sabéis por qué?

Porque los infelices, los explotados, los sin ventura, aquellos para quienes se quedan todos los trabajos y todas las penalidades, los que son víctimas en el taller, en la tienda, en el terruño, en todas partes y á todas horas... aquellos quienes, como si esto no fuera bastante, son los únicos para ir á defender una patria que es propiedad de otros que no la defienden, pueden cruzarse un día de brazos y decir:

— ¡Que vayan ellos solos!

LA FE DE LAS MUJERES.

DOLORA.

Cierto monte, por su altura,
no dejaba ver el mar
desde la casa del cura
de un lugar.

Para ampliar el horizonte
con un cuento baladí
transportó el cura aquel monte.
¿Cómo? Así.

A la que una piedra—dijo—
lleve de aquel monte, Dios
le dará á algunas un hijo
y á otras dos.

Con fe, rubias y morenas,
fueron al monte á buscar
más hijos-piedras, que arenas
tiene el mar!

Hubo mujer diligente
que se llevó de una vez,
no una piedra solamente,
sino diez!

Despuntando grano á grano
de piedras el monte aquel,
lo pusieron con el llano
á un nivel.

Perdió aquel monte su altura
y al fin vino á resultar
que desde casa del cura
se vió el mar!

Como cree con las entrañas,
toda mujer cuando cree
transporta hasta las montañas
con la fe.

R. DE CAMPOAMOR.

CUENTOS NUESTROS.

LOS DULCES DE LA BODA.

«Santander 11.
La barca de pesca *San José*,
tripulada por cinco hombres y
un muchacho, ha desaparecido
en el mar.

Entre los tripulantes iba un
joven que debía casarse el jue-
ves con una hermosa muchacha».

El Liberal.

ELOS hubieran querido que la boda fuese aquel mismo día; pero necesitaban esperar al día siguiente, un domingo de Enero, más hermoso para los novios, con sus esperanzas y sus promesas, que todos los domingos de Mayo, con sus flores y con sus perfumes.

¡Qué remedio! No era cosa de perder un día de trabajo en casarse... ¡Así que no andaban necesitados de ganar un jornal, para desperdiciarlo, aun tratándose de la dicha! Y luego, que habían hecho un gasto enorme; su fondo de ahorros estaba completamente exhausto; el arreglo de un hogar nuevo se traga una fortuna. Cuatro años de privaciones y de fatigas les fueron precisos á Moncho y á Teresa para constituir el suyo.

Durante aquel tiempo, ni Moncho bebió un vaso de vino, ni Teresa compró una cinta de seda para adornarse el moño. Uno y otro vivieron como dos avaros, escatimando un céntimo de este lado, un real del otro, una peseta de más allá; pero al fin tocaban el límite de sus ambiciones; ya tenían puesta su casa; ¡y qué casal daba gozo mirarla!

Un albañil la había lavado la cara, y era de verla, coquetona y humilde, apoyada sobre una roca, dorada por el sol, saludada por el mar, que la acariciaba con risas de espuma, y curioseada por las gaviotas de la costa, que no pasaban una vez siquiera por delante de ella sin prorrumpir en graznidos envidiosos, como si quisieran decirse:

«¡Pero qué felices van á ser esos pícaros!»

Esto por lo que tocaba al exterior de la vivienda. Del resto no se diga: Teresa estaba segura de que no existía en el pueblo otra más limpia y aseada; y con todos sus menesteres.

A la entrada, en un patinillo cubierto, la pila de piedra para lavar la ropa de su Moncho y dejarla blanca como la nieve á puros restregones de sus manos fuertes y musculosas; sobre la pila la *herrada*, cuyas anchas abrazaderas de hierro relucían como si fuesen de plata diestramente bruñida; allí, en un rincón, una jaula espaciosa hecha de tablones viejos, y transformada en gallinero para cobijar á un gallo de cola dorada y ojos de lumbre, y á siete gallinas, que en punto á fecundas, podían apostárselas con las mejores *ponedoras* del país; cruzando el espacio del patinillo, y sujetas por garruchas á la pared, dos cuerdas de esparto para secar las redes en los días lluviosos, y el traje de mar de Moncho en todo tiempo. Más adentro la sala, con un sofá de enea, cuatro sillas de Vitoria, una cómoda de pino con chapas de caoba, y encima de la cómoda, una cajita de conchas naturales, dos floreros de barro y una imagen de la Virgen, vestida por la novia, y detestablemente vestida por cierto, pues era moza lega en puntos de modistería celestial; en la pared estampas y en el suelo la madera desnuda que, merced á los *encerados* de Teresa, relucía como un espejo.

A la derecha de la sala la alcoba, con el lecho limpio de presente y la felicidad de los novios en perspectiva; á la izquierda un pasillo y al final de éste la cocina con un hogar de hierro para hacer lumbre, cuatro cacerolas para guisar la comida, un armario de encina para guardar platos y cubiertos, dos sillas de pino y una mesa, de pino también, donde los futuros esposos saborearían la comida por ellos ganada, y ganada á medias, pues mientras Moncho apretaba el remo, y tendía la red, y corría la mar, Teresa andaría por los pueblecillos de la costa con la banasta en la cabeza y el pescado dentro, voceando su mercancía en ese idioma vasco, que al pasar por los labios de las mujeres, más parece canto de pájaro que voz humana.

En su nueva casa pensaba Teresa, contemplándola

desde la ventana de la que entonces ocupaba, y esperando á Moncho que debía pasar por allí antes de ir á la pesca, para saludarla y arreglar por centésima vez los últimos preparativos de la boda; porque era lo cierto que con tanto gasto se habían quedado sin una peseta; y aunque el padrino, patrón de la lancha donde trabajaba su novio, fuese hombre rumboso que los quería mucho y correría gustoso con todas las pertenencias del convite, no era cosa de que los novios no pudieran ofrecer un barril de sidra y una bandeja de dulces á los invitados. Afortunadamente la época era buena, y con lo que sacara Moncho aquel día bastaría á las atenciones del convite y aún quedaría algo para el día siguiente. Después... no iba á faltarles Dios; eran jóvenes, trabajadores, religiosos, muy apreciados del señor cura; se habían querido como manda el cielo, y el cielo no abandona á los que se portan bien con él. ¡Poco que pensaba divertirse ella el domingo! Por la mañana á confesar, á oír misa, á prepararlo todo: la ropa blanca, el justillo de seda, la falda de lana, el manto negro, los zapatos de tela y las medias de hilo; por la tarde á la iglesia otra vez, con una patulea de chiquillos delante, y el novio al lado, y al lado del novio el padrino, y al de la novia la madrina, y detrás todos los convidados, aquellos marineros de tez curtida y corazón sano, aquellas mujeres que la habían visto nacer ó habían jugado con ella; todos limpios, endomingados, llenos de satisfacción y contento; después, el discurso del señor cura, las bendiciones, y en seguida de las bendiciones, el baile y el convite y los jarros de sidra pasando de una mano á otra, y luego... luego, Moncho sería suyo para siempre, y la casita, construída sobre las rocas, el nido vacío, tendría dos amantes que lo habitaran.

* * *

En su porvenir pensaba Teresa, echada de pechos sobre la ventana de la casa de sus padres, é iluminada por la luz del crepúsculo de la mañana, que mejor que dibujar, abocetaba sobre el marco de madera la hermosa figura de la joven, su cara larga, morena, sonriente; su pelo negro, que, partido en trenzas á medio hacer, caía sobre sus hombros robustos para acariciar su talle flexible y recoger los estremecimientos de su cuerpo, sacudido á un tiempo por el frío de la mañana y por los anhelos del amor; hermosa estaba la muchacha á la luz incierta del crepúsculo, mientras clavaba sus ojos negros en su hogar futuro y recogía en su pensamiento la imagen de Moncho, de aquel mocetón fuerte como un mástil, de carota franca, de piel dura, enrojecida por la intemperie y por la borrasca; de músculos de acero y de alma cándida como la de un niño de cuatro años; hermosa estaba, y más hermosa pareció todavía cuando Mencho, abriendo la puerta de su casa y saliendo por ella con la red en la mano y el remo al hombro, gritó con su voz áspera, hecha á dejarse oír entre los rugidos del vendaval y el estruendo del oleaje:

—¡Buenos días, Teresa!

—¡Buenos los tengas, Moncho—respondió la muchacha!—¿vas á la pesca?

—Sí. No hay otro remedio; ya sabes que contamos con ella para quedar bien con los convidados... Con que... hasta la noche. El día está bueno y la pesca abundante... No dejes de ir á esperarme en el muelle.

—¡Pues no faltaba más!... Hasta la noche, Moncho.

—Adiós, Teresa.

Y el mozo, empujándose sobre la punta de los pies, envió un beso á su novia; ella se lo devolvió con la mano. Fueron los dos besos las primeras notas de amor que sonaron en la naturaleza aquella mañana... Los novios se adelantaban á los pájaros que aún dormían con las alas plegadas entre las ramas de los árboles.

* * *

—¡Buena pesca, José Maril—gritaba Moncho encarándose con su patrón y volcando en el fondo de la lancha su red llena de peces que coleaban y se retorcieron dentro de ella, semejantes á un montón de láminas de plata revueltas por la mano de un chico travieso.—¡Buena pesca! Por esta vez tocamos á tres duros. ¡Si estaba yo seguro de que no iban á faltarle á Teresa los dulces de la boda!... Desengáñate, José Mari, el mar es muy bueno para nosotros.

—Algunas veces—respondió el patrón contemplando la superficie tranquila de las aguas y volviendo después los ojos hacia el pueblo, apenas visible desde aquella altura de la costa.

Hizo una pausa, durante la cual se contrajo su semblante rugoso, salpicado á trechos por una barba entrecana y áspera, y á seguida añadió:

—¡Vamos, muchachos! aún quedan tres horas de faena. Con otras dos tenemos bastante para volver al pueblo. No hay que desperdiciar las buenas ocasiones.

Los marineros, obedientes á la voz del patrón, reanudaron la faena por un momento interrumpida, distinguiéndose entre todos ellos como el más incansable y ardoroso, Moncho, el cual tenía tiempo para todo: para tender la red, para recogerla, para contes-

tar á las chanzonetas de sus amigos y para pensar en su Teresa; porque ya era suya; ¡qué significaban unas horas de espera junto á la felicidad de toda la vida!...

Así continuaron por espacio de una hora; y era espectáculo varonil y hermoso el que ofrecían aquellos hombres humildes y aquella naturaleza omnipotente. El cielo azul, limpio de nubes, iluminado por un sol pletórico que, al caer desde la altura transformado en haces de luz, convertía en una esmeralda gigantesca el mar silencioso y apacible; sobre el mar, la lancha que avanzaba por él á impulsos de dos remos soñolientamente manejados; detrás de la lancha la red, ocultando el fino tejido de sus mallas entre el vaivén continuo de las aguas; en la superficie de éstas el cebo para la abundante pesca que sobre él caía, y dentro de la barca, nueve hombres jóvenes, robustos, descalzos de pie y pierna, remangados los brazos, descubiertos el pecho é inclinados sobre la borda para dejar deslizarse con lentitud la cuerda de la red, para mantenerla tirante, para recogerla de pronto y cerrar toda salida á los prisioneros; para arrastrarla después hasta la barca y subirla á ella, poniendo en tensión sus músculos potentes y en juego su demostrada habilidad, mientras las gaviotas revoloteaban sobre sus cabezas, y el Océano hinchaba y deprimía sus enclamadas ondas, dando paso á su respiración de gigante dormido...

Tan abstraídos estaban los marineros en su pesca, tan cegados por la codicia de la ganancia, que no advirtieron una mancha oscura que se dibujó en los últimos límites del horizonte y fué ensanchándose lentamente, sin que por ello se turbasen, en la apariencia, la calma del mar y las alegrías del cielo.

El patrón, menos atento que los otros á su faena, fué el primero de todos en divisar aquella mancha, y volviéndose hacia los marineros con el rostro ceñudo y el ademán sombrío, les dijo señalando al horizonte con el dedo:

—¡Muchachos, galerna!

Todos alzaron la cabeza y todos comprendieron el peligro. Lo habían desafiado ya otras veces.

—¡Dentro de media hora la tendremos encimada—añadió el patrón.— Hay que adelantarse á ella, ó estamos perdidos, porque la cosa se presenta mal; recoged las velas; armad los remos, y al puerto. ¡Vivó!

Fué obra de un instante. Las redes cayeron sobre cubierta; los ocho remos se armaron sobre sus estribos de madera; un vigoroso empuje les obligó á cortar las olas y la barca tomó la vuelta de la playa con rapidez creciente; pero si la obra de los hombres fué breve, fué más breve aún la realizada por la naturaleza. La mancha oscura se convirtió en gigantesco nubarrón, que fué avanzando por el cielo y cubriendo sus tonos azules con un manto parduzco, salpicado á trechos por resplandores cárdenos y por trepidaciones luminosas; el Océano se estremeció como una fiera que despierta hambrienta de matar; lanzó un rugido formidable, encrespó sus olas como una melena de espuma, y cambió sus matices verdes en mancha cenicienta de apariencia horrible y de aspecto amenazador... Y la mancha siguió avanzando y cubrió el cielo, y olas formidables se levantaron sobre el Océano, y el resplandor cárdeno convirtiéndose en rayos azules y en centelleos deslumbradores, como la trepidación luminosa se cambió en trueno avasallador y formidable. La borrasca con todos sus furores, se desataba sobre la lancha sacudida por el oleaje y golpeada por la tempestad.

—¡Nos ha alcanzado!—gritó José Mari.— ¡Ya que no podemos evitarla, lucharemos con ella!... Pronto; armad la vela, poned la proa al viento; correremos con la borrasca... Hay que jugar el todo por el todo... Si el viento no cambia, si conseguimos evitar las rocas y enfilarse la entrada del puerto, estamos en salvo. ¡Ánimo! En otras peores nos hemos visto... ¡Vamos, muchachos, de prisa, armad la vela!... Tú, Moncho, que eres el más fuerte, al timón: hace falta un brazo de hierro para mantenerlo firme contra las olas. ¡Vamos!

Moncho cogió la barra del timón sin pronunciar una palabra; la vela fué izada en un segundo; al contacto del viento se hinchó hacia adelante con espantosa tirantez, la barca dió un salto, cayó de golpe sobre las olas; las partió con su quilla puntiaguda y siguió su marcha caída sobre un costado, conmovida por la borrasca y brutalmente balanceada por los hondos sacudimientos del mar.

—¡Ahora á la voluntad de Dios!—murmuró el patrón.

Y dirigiéndose á Moncho, que sujetando la barra del timón levantaba al cielo su rostro pálido y demudado, le dijo:

—¡Qué! ¿Tienes miedo? ¿Tendría que ver eso en ti, que nunca lo has tenido!

—Por mí no lo tengo, José Mari—respondió Moncho;—he visto muchas veces la muerte de cerca para temblarla; pero ahora sí, ¿por qué he de negarlo? ahora tengo miedo.

—¿Y eso?

—No comprendes que si yo muero, Teresa va á llorar?...

—¿Y eso?

—No comprendes que si yo muero, Teresa va á llorar?...

* * *

Allá en el pueblo todo era lamentos, angustia y confusión; la gente, arremolinada sobre las escaleras del puerto, buscaba con ansia entre las olas las lanchas de los pescadores, que se distinguían como puntos blancos en el horizonte sombrío; allí estaban los padres, los hermanos, los hijos, el sustento de sus cuerpos, la dicha de sus almas; sólo se veían semblantes convulsos y ojos llorosos; el señor cura, arrodillado en las piedras del muelle, levantaba sus manos y sus preces al cielo implacable, y junto al señor cura, con el pelo suelto, la faz trémula y las pupilas nerviosamente dilatadas, se encontraba Teresa, la novia de Moncho, la infeliz muchacha, que temblaba de espanto por aquel hombre, vida de la suya, objeto de su amor, resumen de sus esperanzas.

La primera lancha que se hizo perfectamente visible, la que se adelantó á todas las demás, la que con mayor rapidez se acercaba al puerto, fué la de José Mari... Al fin pudo vérsela acostada materialmente sobre las olas, tendida la vela, rápida la marcha, asegura la salvación, con ocho de sus tripulantes agarrados á las bordas y haciendo esfuerzos sobrehumanos para que no les arrebataste un golpe de mar, mientras Moncho, con las piernas abiertas y firmes, la cabeza descubierta, el ojo atento y el ademán bravío, sujetaba con sus brazos de atleta la barra del timón y mantenía la proa de la barca en línea recta con la entrada del puerto.

—Si no cambia la racha, si atraviesan las rocas—gritó un marinero viejo é inútil,—están salvados.

—¡Las rocas!—murmuró Teresa, mientras la gente veía con doloroso anhelo y sin poder prestarles auxilio, el peligro que amenazaba á aquel puñado de valientes.

—¡Las rocas!—y volvió los ojos hacia aquellas rocas siniestras, encima de una de las cuales, y adelantándose sobre el mar, se descubría su casa, la casita blanca donde ella y Moncho esperaban ser tan felices.

La lancha llegó delante de las rocas; el mar, como si comprendiera que allí iba á librarse el último combate, como si no quisiera ser vencido, aumentó el estruendo y las sacudidas de su oleaje; el horizonte fué cómplice de sus furores, arreció la tormenta, saltó el viento, y la barca, impulsada por él, tomó el camino de las rocas. Entonces se vió á Moncho apoyarse con todo su cuerpo sobre la barra del timón y á los nueve hombres extender la mano para ayudarlo, intentando un esfuerzo decisivo y supremo...

[Esfuerzo inútil!... La barca dió una espantosa sacudida; la vela, arrancada por el huracán, se deshizo en girones; una ola formidable, cogiendo la embarcación de través, la levantó en alto, la empujó hacia las rocas, la hizo saltar sobre su moviediza y terrible curva, y volteándola con salvaje ímpetu, la estrelló contra ellas, mientras un racimo de hombres se desprendía de su fondo para destrozarse en la superficie erizada y cortante de los silenciosos peñascos.

Toda la gente agrupada en el muelle lanzó un grito de horror.

Teresa fué la única que no gritó; sin que nadie acertara á impedirlo, sin que ninguno tuviese tiempo de hacerlo tampoco, abandonó el muelle, saltó sobre las rocas, corrió por ellas desafiando los horrores del oleaje y llegó á la última, á la que servía de cimentación á la casita blanca.

Allí, junto con otros cuerpos despedazados, estaba el de Moncho, que había caído con los brazos en cruz y las manos en garfio.

Teresa se arrodilló delante de él, enseñó al mar y al cielo sus puños cerrados y amenazadores, y con los párpados secos y la voz extinguida, se dejó caer sobre el cadáver de su novio, que tenía los ojos abiertos y apretados los dientes, como si hubiese querido cortar la última palabra que salió de su boca.

Aquella palabra, ¿era una plegaria? ¿Era una blasfemia? Sólo Teresa podría decirlo. Teresa, que la recogía con sus labios convulsos de la boca ensangrentada de Moncho...

J. DICENTA.

LOS PRESOS DE MONTJUICH.

Sr. Director del GERMINAL.

Muy señor nuestro: En las actuales circunstancias consideramos altamente conveniente y necesario dirigirnos á los Poderes públicos en demanda de justicia, tanto tiempo negada; de aquí que con esta fecha remitamos al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros el escrito del que á continuación transcribimos copia literal, suplicando á usted se digne disponer su publicación en el semanario de su dirección.

Reciba anticipadas y expresivas gracias de sus afectísimos q. s. m. b., los que suscriben.

Excmo. Sr.: Los detenidos gubernativos, abajo firmados, tienen el honor de exponer con el mayor respeto á la elevada consideración de V. E., lo siguiente:

Así en el lenguaje oficial, como en el vulgar y generalmente admitido, somos «detenidos á consecuencia del atentado de la calle de Cambios Nuevos»; esto es absolutamente falso y de grandísimo interés para nosotros así demostrarlo, toda vez que de la causa de nuestra detención deben y pueden defender las medidas que el Gobierno adopte para la resolución del conflicto, há tanto tiempo latente. Es evidente que el hecho de ser un individuo detenido á raíz de un crimen y como consecuencia del mismo, prueba que existen indicios racionales, sospechas fundadas de que tenga ó pueda tener participación directa ó indirecta en él; por tanto, si se admite que nosotros fuimos detenidos á consecuencia del atentado de la calle de Cambios, equivale á afirmar que existían indicios racionales, sospechas fundadas de que teníamos ó podíamos tener participación directa ó indirecta en dicho atentado.

Los 112 que aún continuamos en el castillo de Montjuich y Cárceles nacionales de esta ciudad, podemos dividirnos en dos grandes grupos; hacemos ésto extensivo á cuantos fueron detenidos y recobraron su libertad en diferentes fechas, y particular y muy especialmente á los 83 que en virtud de la orden de extrañamiento fueron conducidos á Francia ó Inglaterra.

Forman el primero y más importante, por ser el más numeroso, cuantos no hemos sido procesados, no se nos tomó nunca declaración alguna, ni jamás se nos ha dicho la causa de nuestra detención; respecto de cuantos se encuentran en este caso, es irrefutable que no existía indicio racional, sospecha fundada de que pudiéramos tener participación directa ó indirecta en el hecho de autos.

Constituyen el segundo grupo cuantos fueron procesados y se les sobreescribió la causa ó los absolvió más tarde el más alto tribunal. El indicio racional, la sospecha fundada que parece existió de su probable participación en el crimen, justificando su detención y procesamiento, cae por su base, quedando totalmente destruido ante el hecho real, rigurosamente cierto, de que las declaraciones de algunos de los procesados y la acusación que éstos hicieron de la participación de todos los demás en el atentado, fueron arrancadas por la violencia merced á horribles ó espantosas torturas.

Todo individuo detenido á raíz y como consecuencia de un crimen, y mucho más si éste es de la naturaleza del de la calle de Cambios, al declarársele inocente y recobrar su libertad, cesa la pena material que representa la prisión sufrida; mas queda permanente el concepto moral formado de él por los tribunales y por la opinión, entendiéndose que si no ha sido el autor del atentado de ayer, puede serlo el del atentado de mañana; de aquí que sean objeto de preferente persecución de parte de la policía al cometerse un crimen cuantos fueron detenidos cuando tuvo lugar el anterior.

Siendo la deducción obligada, lógica y única de lo anteriormente expuesto, que nuestra detención fué arbitraria é ilegal, habrá de sentarse el principio de que es altamente injusto y atentatorio á nuestra dignidad, á nuestra honra y á nuestro derecho, el que se nos considere un peligro para lo sucesivo.

En apoyo de cuanto dejamos manifestado, levántase hablando muy alto nuestra conducta pública y privada, nuestro acendrado y nunca desmentido amor al trabajo y á la familia, y nuestro profundo respeto á la libertad y derecho ajenos.

Dichos extremos consideramos necesario y vivamente deseamos se comprueben mediante una amplísima y rigurosa información, en la que, inspirándose en el más recto espíritu de equidad y de justicia, se aquilate la culpabilidad ó inocencia de cuantas personas han tomado parte en este proceso social, ya actuando de acusadores, ya de acusados.

De la reconocida rectitud y especiales dotes de V. E. esperamos, y con nosotros la opinión toda, que el Gobierno ponga especialísimo cuidado en la elección de la persona á quien se confíe misión tan delicada y transcendental.

Aun á trueque de molestar la alta atención de V. E. nos vemos obligados á tratar un punto de la mayor importancia, directamente relacionado con todo lo precedente.

Tuvo á bien el Gobierno hacer una ley de represión del anarquismo, dura, durísima, mucho más de lo que lo son las que con el mismo objeto se hicieron en Suiza, Francia é Italia, únicas naciones en que existen; y contraviniendo más tarde el mismo Gobierno lo establecido en la aplicación de las leyes, tomó la resolución sin precedente en la historia de la legislación parlamentaria, de dar á dicha ley efecto retroactivo para poder arrojar por siempre, fuera de la patria, á honrados ciudadanos declarados inocentes por el más alto de los tribunales de justicia y por el augusto de la opinión pública, y á tal extremo se ha llevado el incumplimiento de las leyes y Reales órdenes, que hasta la absurda, despótica é injusta resolución de nuestro extrañamiento, sólo ha tenido efecto en las personas de 83 de los 195 detenidos que fuimos condenados, y los 112 restantes aún continuamos, después de quince ó más meses, encerrados en los in-

mundos calabozos del castillo de Montjuich y de las Cárceles de esta ciudad.

Es fuerza que tan anómalo estado de cosas termine y para ello estimamos como prenda de segura garantía el acendrado amor de V. E. á la libertad y sus indiscutibles condiciones de justo y sabio gobernante.

Si secundado, como es de esperar, por el Gobierno de su dignísima presidencia, resuelve asunto de tan gran transcendencia social en sentido de estricta justicia, merecerá bien de la humanidad, y las numerosas familias que há tanto tiempo lloran las espantosas consecuencias de la injusticia y del error, conservarán de V. E. gratisimo é impeccedero recuerdo.

Viva V. E. muchos años.

Cárceles nacionales y Castillo de Montjuich de Barcelona 6 de Octubre de 1897.

Pedro Costa.—P. Carreras.—Domingo Fruitós.—Bautista Cervera.—Constantino Amigó.—Mateo Roca.—J. Curriols.—Jacinto Mestrich.—Francisco Cardenal.—Esteban Cuyás.—Antonio Tetás.—Ramón Ardiaca.—Baldomero Cornadó.—Pedro Marbá.—Francisco Sala.—Jaime Leonart.—Gabriel Llibet.—Jaime Catafal.—Mariano Alvarez.—Sebastián Cufapé.—Pedro Perramón.—Jerónimo Otín.—Manuel Susagua.—J. Vives.—Ramón Font.—José Poch.—B. Roqueta.—Carlos Bielsa.—Antonio Seró.—José Montemar.—Ramón Ars.—B. Murató.—Vicente Fossas.—Francisco Toldrá.—Julián Montes.—Federico Curt.—Salvio Puig.—Mariano Valls.—Antonio Navarro.—Francisco Freira.—Francisco Elías.—Pablo Ca'vet.—Mateo Coll.—Francisco Bartomeo.—Andrés Villarrubias.—Francisco Pérez.—Marcelino Vila.—Pedro Camps.—J. Condeminas.—Francisco Rull.—Pablo Bo.—Francisco Abayá.—Baldomero García.—J. Coromines Pérez.—Tomás Oliva.—Caralampio Trillas.—Pedro Arolas.—Antonio Fisas.—Ildefonso Alvarez.—Casimiro Balar.—José Pons.—Ramón Gaspar.—Jaime Roca.—Pelegrín José.—Tomás Vidal.—Mariano Martorell.—Luis Inglada.—Pedro Batifoll.—Ramón Vilaseca.—Antonio Olivella.—José Salari.—José Fainé.—Manuel Trepát.—José Ferré.—Francisco Ros.—Enrique Sánchez.—Benito Bosch.—Manuel Melich y Masó.—Juan Solé.—José Puig.—Antonio Tomás.—Constantino Burgos.—Esteban Puig.—Francisco Miralles.—José Elías.—Antonio Bornás.—Pedro Morell.—Manuel Alís.—José Mestres.—Jesús Aparicio.—Angel Vilapreñó.

LA ALHAMBRA.

A MI MEJOR AMIGO JOAQUIN DICENTA.

Que premia el cielo á todos los cantores que cantaron tu fama al bendecirte!...

Florezcan en tus valles nuevas flores! Yo sólo sé decirte

¡Dios te bendiga, amor de mis amores!

Sobre un bosque florido

tu palacio de encaje se levanta,

y amante y silencioso

desde Jesús del Valle presuroso

llega el Darro á besar tu firme planta.

El turbante de nieve

que circunda el Picacho del Veleta

refresca de tus bosques los ardores

y un perfumado cinturón de flores

te ciñe, te egalana y te sujeta!

¿Quién tus glorias no sabe? ¿Quién ignora

que tú fuiste la reina de Occidente.

¡Llegándote á mirar quién no te siente!

¡Llegándote á perder! ¡Quién no te llora!

¡Quién tus glorias ignora! Desceñida

del manto real que aprisionó tus hombros

eres la augusta majestad caída

llorando sus tristezas entre escombros.

¡Qué solitaria te encontré! ¡Velada,

ceñida de finísimos cendales,

llena de luz la tierra perfumada!

¡Lleno el aire de olores virginales!

¡Bendígate el Señor, Granada mía!

que no caben las flores en tu suelo

y dan fruto las piñas de tu sierra

á los rayos del sol. ¡Bendiga el cielo

la gran matriz de tu fecunda tierra!

Aún el rojizo muro derrumbado

que antes orgullo fué de tus vergeles

se levanta al sentirse coronado

por la mano del tiempo de laureles.

Desde aquellos desiertos arenales

del África infeliz llegan quejidos

de amor y rabia, de esperanza y duelo,
notas vagas de cantos doloridos,
maldiciones de horrible desconsuelo!
Yo también en mis horas de amargura
con ansia te llamé desesperado
anhelando tu ambiente perfumado!
Y al fin rendido de mi loco empeño
al dormirme soñando en tus caricias
gocé de tus delicias
en los jardines plácidos del sueño!

¡Bendígate el Señor! Cuando bajaban
desde el cielo las sombras á los valles
y el ocaso de fuego se teñía,
vagando sin sentido me perdía
del Albaycín por las angostas calles!
¡Y enfrente te elevabas altanera
ceñido el muro de floridas mayas;
y el sol apresurando su carrera
se reflejaba por la vez postrera
como un joyel de fuego en tus murallas!

¡Ah tardes misteriosas! ¡Qué divinas
las tardes de mi Alhambra!
Rostros de mis hermosas granadinas;
aquel dulce mirar tan soñoliento
que lleva á otra mirada
una nota de amor iluminada
por un rayo de luz del pensamiento!

¡Qué te podré decir para cantarte,
si en ti he pasado mis mejores días,
martirios y esperanzas y alegrías!...
alejado de ti, sólo llorarte!

¡Aquellas largas horas del verano!
Cuando el aire encendido da bochorno,
y el sol cayendo á plano
evapora las aguas del pantano
y hay en las peñas el calor de un horno!
Cuando el aire encendido
en rojos pabellones se desgarran
y se escucha monótono el chirrido
del penoso cantar de la cigarra...
En las pesadas horas del reposo,
cuando todo se aplanan y enmudece.
¡Cuando ya es todo luz! ¡Cuando parece
Sierra Nevada un plano luminoso!
Sacude el potro el sudoroso lomo...
el aire abrasa... el horizonte ciega,
y la lumbre del sol cayendo á plomo
retuesta el trigo de tu fértil vega!

¡Ah noches de mi Alhambra, qué serenas!
¡qué puras! ¡qué radianes!
¡sarcófago florido de mis penas!
¡cómplice de mis sueños delirantes!
¡Cuántas veces brillando en lontananza
te besó el blanco rayo de la luna,
reflejo de la trágica fortuna
de aquellos que perdieron la esperanza!

¡Ah noches de mi Alhambra misteriosa!
¡noches de amor que para mí pasaron!
¡solamente tus bosques escucharon
alientos de promesas amorosas!
Aquel púdico asomo
de casto amor que iluminó su frente
perdióse al fin, como se pierde el plomo
arrojado en las aguas del torrente.

Qué te podré decir para cantarte
si en ti he pasado mis mejores días,
martirios y esperanzas y alegrías...
alejado de ti... sólo llorarte.
Cada rayo de luz tiene su llama;
cada flor su vergel y su lindero;
cada pájaro llora por su rama,
y el mismo mar, que con estruendo clama,
busca la playa que besó primero!...

¡Adiós, si con temprana alevosía
me llamara la muerte á su regazo,
aquella tierra que bendije un día
que me aprisione con eterno abrazo;
y si lejos de ti no puedo verte...
tenga al menos el plácido consuelo
que soñando contigo y con tu cielo
me sorprenda el momento de la muerte!

MANUEL PASO.

EL PAN.

HA que felicitar al alcalde de Madrid por la enérgica actitud que ha adoptado en el asunto de los panaderos, abuso que éstos cometen elevando el precio del pan sin motivo racional que justifique semejante determinación.

¡Un céntimo en panecillo! Valiente cantidad—dirán muchos que viven de heredar y de comerse la herencia. ¡Vale eso la pena de que un alcalde dé un bando y de que los periódicos anden á vueltas con los panaderos!

Seguramente que para esos señores tendrán más importancia las cubas y los treses y el exterior y el interior con sus alzas y bajas. Bajara un céntimo cualquiera de estos valores y pondrían el grito en el cielo, subíralo y bailarían de alegría. Pero un céntimo de alza en el precio de cada panecillo ¿qué significa para esa gente por mucho pan que en su casa coman? Total 30 ó 35 céntimos diarios. ¡Una pequeñez!... ¡Una miseria!

Verdad. Pequeñez para ellos, miseria para ellos que cuentan sus rentas por miles de reales y su capital por miles de duros. Pequeñez para ellos, miseria para ellos... Problema horrible al que sólo tiene un jornal miserable é inseguro para vivir, para sostener la hembra que le acaricia y los pequeñuelos que esa hembra le da!...

Problema pavoroso y ténible el de ese céntimo que parece una pequeñez á los favorecidos de la suerte, á los ricos, á los explotadores, á los propietarios, á los que viven del ajeno sudor, de trabajo ajeno y de las ajenas miserias!

¿Sabéis lo que significa ese aumento en el precio del pan para el obrero que cuenta con dos, con tres pesetas de jornal diarias? pues significa comer menos de lo que come y come poco. ¡Figuráos lo que significal

Imaginad lo que representa ese aumento de precio para el que tiene cinco ó seis bocas que llenar. Pues representa 15 céntimos más al día en su presupuesto de gastos. Acaso un déficit que como no puede suprimirse aumentando el dinero, tiene que suprimirse disminuyendo la ración de pan, haciendo antesala á la puerta del hambre. Ni más ni menos que eso representa; y eso bien vale la pena de que dé un bando el alcalde, de que los periódicos lo comenten y de que la gente se preocupe un poco.

No es mucho para lo que hay que hacer. Porque si esta sociedad diferenciadora en que vivimos tuviese, ya que no espíritu de justicia, espíritu de caridad, habría de fijarse un poco en la situación del proletariado y procuraría atender con medidas piadosas á las desgracias que sobre él pesan.

Procuraría que ya que el pobre, el obrero de la ciudad, el trabajador del campo, el explotado, cualesquiera que sean su clase y condición proporciona á los ricos y á los poderosos riqueza y poder á cambio de un jornal exiguo, no pesasen sobre él ciertas contribuciones indirectas que por estar anexas á los artículos de primera necesidad hacen su única víctima al pobre, al explotado, al desvalido; procuraría... ¡Bah! si procurase eso, no sería la sociedad presente lo que es y no habría necesidad de pensar en derribarla con el cimientito.

Pero como la sociedad actual es como es, no hay para qué hablar del asunto.

Contentémonos con el bando del Sr. Conde de Romanones.

PÍ Y EL SOCIALISMO.

BEPETIDAS veces hemos demostrado la insuficiencia del programa del Sr. Pí y Margall del 22 de Junio de 1894, elogiando sin reservas lo bueno que tiene. A pesar de estas insuficiencias consideramos á todos los federales como correligionarios nuestros.

La última carta del apóstol federal, contiene la afirmación de francas simpatías hacia una inteligencia entre todos los republicanos. Recomienda Pí de «no negarnos á ninguna inteligencia que pueda acelerar el triunfo de la República; no considerar como enemigos á los que con nosotros aspiran á la ruina de las instituciones monárquicas... *inteligencia y aun amor para todos los republicanos.*»

Con la misma franqueza que elogiamos aquellas frases de concordia, censuramos las ambigüedades del programa citado en sus dos puntos principales, respecto á las reformas sociales y respecto al alcance de la descentralización ó federación. Los silencios habilidosos de la política de antaño, ya no surten efecto y los partidarios del pactismo, tienen que declarar con *El Francolí* si aceptan ó no el colectivismo socialista y la ley de participación en los beneficios. Su silencio sobre estos problemas esenciales debe explicarse por

los socialistas como una negativa. Si aceptan dichos principios, no tendrá razón su apartamiento de la unión republicana socialista, porque en principio son todos los socialistas del universo federales. ¿Por qué no da el pactismo este paso resuelto hacia el socialismo? ¿No sería el Sr. Pí y Margall una figura digna de representar en los Congresos internacionales á la democracia socialista de España? Ni nosotros, ni nadie, le disputaríamos este puesto de honor.

Mayores ambigüedades existen respecto al alcance de la autonomía. El autor de *Las Nacionalidades* se dejaba inspirar su doctrina pactista por las teorías de Proudhon y por lo que había visto en Suiza durante su emigración en las montañas libres. Ni había estudiado el carácter especial de España, para aplicarle la nueva forma de gobierno; ni ha sabido presentar, hasta ahora, un proyecto definitivo donde se indique con precisión los límites de las futuras provincias ó regiones autónomas. Tampoco existen organizaciones del partido federal, salvo en unas pocas regiones, como Galicia, Cataluña y Valencia, donde el regionalismo tiene vida propia aparte del partido pactista. Nada se ha concretado respecto á Andalucía, donde se destacan dos regiones que gravitan hacia Sevilla y á Málaga ó Granada. ¿Y Alicante y Albacete? ¿Formarán una región con Castellón ó con Murcia? Tampoco hay conformidad entre los mismos pactistas respecto á Almería, que gravita económicamente hacia Murcia.

La Mancha no tiene personalidad propia para formar una región autonómica, y tiende en parte hacia Sevilla, y en mayor parte hacia Madrid. Completa obscuridad hay en cuanto al centro de España. ¿Habría sólo dos grandes regiones, con las capitales respectivas de Madrid y Valladolid, ó formarían León y Salamanca una región aparte?

Después de indicar estas vaguedades y obscuridades, debemos extrañarnos de que el Sr. Pí afirme *tener una norma segura para la solución de todas las cuestiones presentes.*

Mucho antes de la propaganda federal pactista, estaba vivo en toda España el espíritu regional, y ha sido más bien debilitado en sus manifestaciones desde que las escuelas pactista y carlista inscribieron el principio de autonomía regional y municipal en sus banderas. Para resucitar la vida regional, hay que evitar todas las exageraciones sectarias, partiendo más bien de los problemas puramente económicos, para no suscitar recelos de carácter político.

La República Social no puede menos que restituir á las regiones la autonomía económica, y la Hacienda suya no podría desarrollarse sino basándose en una administración descentralizada en grandes regiones unidas por lazos de intereses materiales. En todo esto están conformes todos los socialistas con los republicanos de todas las fracciones, y tal vez sería esta la base de donde pudiera arrancar una acción común de prácticos resultados, que al mismo tiempo mermaría mucho la influencia del carlismo, que se alimenta del espíritu regional.

LA HORIZONTAL.

Llena de cintas y flores
va en busca de compradores
que colmen su vanidad,
y sabe fingir amores
que parecen de verdad.

Tan sobrada de impudor
como falta de rubor,
por doquiera se la ve
incitante y dando *pie*...
(ya me comprende el lector).

Y como es buena maestra
del corazón, nos demuestra
que son frecuentes los casos
en que un *pie chico* de muestra
nos mete en muy malos pasos.

A causar admiración
todos sus actos concilia,
y es su triste condición
el vivir sin religión,
sin hogar y sin familia.

La sociedad la envilece
y ella se mofa altanera
del monstruo que la escarnece...
¡Ay de aquel que se adornece
entre sus garras de fiera!

¡Que no pida compasión,
ni dicha, ni amor, ni calma!
Ella inspira una pasión...
¡pero tiene helada el alma
y de acero el corazón!

Llena de cintas y flores
sólo quiere compradores
que colmen su vanidad...
¡para el mundo resplandores,
para el alma obscuridad!

Quiere vengarse, á su modo,
de la sociedad malvada
que la sepultó en el lodo,
y exige de todos... todo,
porque no puede dar nada.

Siempre con torpes amaños
nos seduce... nos fascina...
y llena de desengaños,
cuando le pesan los años
va á los templos en *berlina*.

ALFONSO TOBAR.

CUENTOS DE TODO EL MUNDO.

EL MANGUITO DE FRANCISCA

EN TRE los verdaderos bohemios de la verdadera Bohemia conocí hace ya tiempo á un mozo llamado Jacobo D... Era escultor y prometía ser un grande hombre; la miseria no le dió tiempo de cumplir su palabra. Murió en Marzo de 1844 en el hospital de San Luís, sala de Santa Victoria, cama 14.

Conocí á Jacobo en el hospital donde me tenía preso una larga dolencia. Tenía Jacobo dentro de sí, como dije antes, el boceto de un grande hombre, y sin embargo no trataba de hacérselo creer á la gente. En los dos meses que le traté, durante los cuales sentíase él unido por los brazos de la muerte, ni le oí quejarse una vez sola, ni entregarse á esas lamentaciones que hace ridículo el tipo de genio ignorado. Murió sin *posturas*, haciendo el gesto horrible de los agonizantes.

Su muerte me recuerda una de las escenas más atroces que he presenciado en el carnaval del humano dolor. Su padre, advertido de la desgracia reclamó el cuerpo y regateó mucho tiempo á propósito de los 36 francos pertenecientes á la administración por este servicio; también regateó los gastos de la iglesia y los regateó tan insistentemente que le hicieron una rebaja de 6 francos.

Al meter el cadáver dentro del ataúd el enfermero levantó la sábana del hospital y pidió á un amigo del difunto dinero para comprar un hábito. El amigo, que no tenía un céntimo, fué á buscar al padre de Jacobo que se puso furioso con aquel nuevo gasto, y preguntó, cuándo acabarían de fastidiarle.

La hermana de la caridad que presenciaba tan monstruoso debate arrojó una mirada sobre el cadáver y dejó escapar estas sencillas y tiernas palabras:

— ¡Oh! caballero, no se le puede enterrar así!... ¡Pobre muchacho!... Hace tanto frío, compradle siquiera una camisa para que no llegue desnudo delante de Dios.

El padre dió 5 francos al amigo de Jacobo para que comprase la camisa, pero le recomendó que fuese á casa de un tendero de la calle Grange aux Belles, que tenía saldo de lienzo.

Así costará más barato—añadió.
Esta crueldad del padre de Jacobo tenía una explicación que me dieron después. El hombre estaba furioso porque su hijo era artista. Su cólera no se había extinguido ni en presencia de un ataúd.

Pero noto que me encuentro muy alejado de Francisca y de su manguito: Vuelvo á ellos. Francisca había sido la primera y única querida de Jacobo, quien no murió viejo porque contaba 23 años cuando su padre quería que se presentase desnudo á Dios.

Aquellos sucesos me fueron contados por el mismo Jacobo cuando él era el número 14 y yo el 16 de la sala Santa Victoria, un sitio malísimo para dormir.

¡Ah, lector querido! Antes de comenzar esta historia, que desearía referiros tal y como me la refirió á mí Jacobo, sin olvidarme de un solo detalle, permitidme fumar una pipa en la vieja de barro que me regaló cuando el médico le prohibió servirse de ella.

Sin embargo, de noche, cuando se dormía el enfermero, Jacobo me emprestaba su pipa y me pedía un poco de tabaco. ¡Se aburre uno tanto por las noches, en esas salas inmensas, cuando no se puede dormir, cuando se sufre!...

«Sólo dos chupadas» me decía, y yo le entregaba la pipa, y la hermana Santa Genoveva no se daba por entendida cuando pasaba á hacer su ronda de noche. ¡Pobre hermana, qué buena eras y qué bonita estabas cuando venías á rociarnos con agua bendita la cama!... Te veíamos llegar desde lejos, cubierta con tus blancas tocas, que caían sobre tu cara formando pliegues encantadores, que Jacobo admiraba mucho. ¡Ah, hermana, tú eras la Beatriz de aquel infierno! Tan dulces eran tus consuelos, que nos quejábamos siempre para que nos consolases tú... Si Jacobo no hubiese muerto un día de nevada, te hubiese esculpido en mármol para adorarte como á una virgen en el fondo de su taller.

Un lector.—¿Y el manguito?... Ese manguito no aparece por ninguna parte.

Otro lector.—¿Y Francisca?... ¿Dónde está esa muchacha?

El primer lector.—No es muy divertida la historia.

El segundo lector.—Veremos el final.

Pido á ustedes perdón, señores. La pipa de mi amigo Jacobo tiene la culpa de estas digresiones. Por otra parte, yo no he jurado hacer reír. Los días de la bohemia no son todos alegres.

Francisca y Jacobo se conocieron en una casa de la calle de la Tour d'Auvergne, donde se habían mudado casi al mismo tiempo á fines de Abril.

El artista y la joven pasaron ocho días antes de entablar esas relaciones de vecindad, que son casi siempre indispensables cuando se vive en el mismo piso. Sin embargo, antes de cambiar una sola palabra se conocían. Francisca sabía que su vecino era un pobre diablo artista. Jacobo que su vecina era una costurera escapada de su familia para evitar los malos tratos de una madrastra. La muchacha hacía verdaderos milagros económicos para ir tirando, como se dice; y como el placer le era desconocido, no lo deseaba.

Véase cómo los dos entraron juntos por los portales del amor.

Una tarde de Abril Jacobo entró en su casa muerto de fatiga, ayuno desde por la mañana y muy triste, con una de esas tristezas vagas que no tienen motivo preciso, y que se apoderan de uno por completo; especie de apoplejía del corazón, á la cual están particularmente sujetos los desgraciados que viven solos. Jacobo, que se ahogaba dentro de su zaquizamí, abrió la ventana con objeto de respirar un poco. La tarde era hermosa y el sol poniente desplegaba sus melancólicos reflejos sobre las alturas de Montmartre. Jacobo permanecía pensativo escuchando el coro alado de las armonías primaverales que vibraban en el silencio de la tarde. Aquella música aumentó su tristeza. Al ver pasar por delante de él un cuervo, que lanzó un graznido, pensó en aquellos tiempos durante los cuales iban los cuervos á llevar el pan á Elías, el piadoso solitario, é hizo la reflexión de que los cuervos se habían vuelto muy poco caritativos... Luego, no pudiendo casi tenerse en pie, cerró su ventana y corrió las cortinas; como no tenía dinero para surtir de aceite su lámpara, encendió una tea de resina que había traído en uno de sus viajes, y cada vez más triste, llenó su pipa.

—Afortunadamente aún tengo bastante tabaco para cargar la pistola —murmuró Jacobo, y se puso á fumar.

Era preciso que aquella noche estuviese mi amigo muy triste para cargar su pistola. Era este su recurso supremo en las grandes crisis, el que le resultaba ordinariamente.

Véase en lo que consistía el recurso.

Jacobó fumaba un tabaco muy fuerte, en el que arrojaba unas gotas de láudano, y seguía fumando hasta que el humo se hacía tan espeso que envolvía todos los objetos de la habitación y los ocultaba á sus ojos, especialmente una pistola colgada en un ángulo de la pared. Era cuestión de una docena de pipas. Cuando la pistola se había hecho completamente invisible, entonces ocurría casi siempre que el humo y el láudano cerraban con un sueño tranquilo los párpados de Jacobo, y ocurría también que con el sueño se marchaban las tristezas de éste. Pero aquella tarde había gastado todo su tabaco, la pistola se había hecho invisible y Jacobo seguía profundamente triste.

Francisca, por el contrario, estaba muy alegre aquella tarde al entrar en su casa, con una alegría que, como la tristeza de Jacobo, no tenía explicación racional alguna. Era una de esas alegrías que caen del cielo de tarde en tarde. Francisca estaba de muy buen humor, y subía canturreando por la escalera, con una vela encendida en la mano. Cuando abrió la puerta de su habitación una ráfaga de viento que entró por la ventana abierta extinguió bruscamente la luz.

—¡Dios mío, qué fastidioso! —exclamó la joven.— ¡Vuelva usted ahora á bajar y subir seis pisos!

En esto distinguió luz por debajo de la puerta de Jacobo, y un instinto de pereza, unido á un poco de curiosidad, la aconsejó ir á encender su vela en casa del artista.

—Este es un servicio que se presta diariamente entre vecinos —pensó ella,— y no ofrece peligro alguno. Francisca dió dos golpes en la puerta de Jacobo, el

cual fué á abrir algo sorprendido de aquella visita intempestiva.

Apenas dió Francisca dos pasos hacia el interior del gabinete, el humo que envolvía la pieza la sofocó á tal extremo que sin poder pronunciar palabra cayó medio desvanecida en una silla y dejó caer al suelo su palmatoria y su llave. Jacobo no pidió socorro temiendo comprometer á su vecina y abrió la ventana para que penetrase un poco de aire puro. Después de arrojar unas gotas de agua en el rostro de su vecina, vió que ésta abría los ojos y volvía en sí lentamente. Cuando recobró la serenidad explicó Francisca el motivo de su visita.

Y añadió:—permítid que vuelva á mi cuarto.

Ya había entreabierto la puerta cuando se dió cuenta de que no sólo no había encendido su vela sino de que se iba sin llave.

—¡Qué aturdida soy! —exclamó aproximando su luz á la tea.—Vengo aquí por luz y me voy sin ella.

En aquel instante, la corriente de aire establecida entre la puerta y la ventana abiertas, extinguió la luz de la tea y los dos jóvenes quedaron sumergidos en la más profunda obscuridad.

—¡Ni que lo hubieran hecho á propósito! —dijo Francisca.—Perdóneme usted, caballero —añadió— todas las molestias que le causo, y encienda una cerilla para que yo pueda buscar mi llave.

—Inmediatamente, señorita —respondió Jacobo, mientras buscaba á tientas las cerillas.

Las encontró en seguida; pero una idea súbita penetró de golpe en su espíritu; se metió las cerillas en el bolsillo y dijo:

—Dios mío, señorita, otra desgracia. No tengo ni una sola cerilla aquí; he gastado la última para entrar. —¡Qué farsa tan bien imaginada! —agregó para sus adentros.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío! —murmuraba Francisca.— ¡Qué contratiempo. Puedo entrar en mi casa sin luz porque es demasiado chica para perderse; ¡pero sin llave!... ¡Por favor, caballero, ayúdeme á buscar la llave!

—Busquémosla —dijo Jacobo.

Y ya tenemos á los dos en plena obscuridad y en busca del objeto perdido; pero, como si hubiesen sido guiados por el mismo instinto, ocurrió que durante aquella rebusca sus manos que tanteaban por los mismos sitios se encontraron diez veces por minuto. Y, como los dos eran muy torpes, no encontraban la llave.

—La luna, que está enmascarada por las nubes, da de lleno en la habitación —dijo Jacobo.— Esperemos un poco á ver si tiene la bondad de ayudar nuestras exploraciones.

Aguardando que la luna saliese se pusieron á hablar. Una conversación en tinieblas, en una habitación estrecha y en una noche de primavera; una conversación al principio frívola é insignificante, después salpicada de confidencias... Ya sabéis estas cosas; las palabras se hacen poco á poco confusas, llenas de reticencias; la voz se baja, las palabras se alternan con suspiros... Las manos que se encuentran acaban los pensamientos que suben desde el corazón á los labios y... Buscad la conclusión en vuestros recuerdos...

Por fin la luna se desenmascaró, y sus rayos blancos inundaron el gabinete. Francisca salió de su ensueño lanzando un breve grito.

—¿Qué es eso? —le preguntó Jacobo, rodeándole el tallo con los brazos.

—Nada —murmuró Francisca— creí que llamaban.

Y sin que Jacobo se enterase arrojó con el pie debajo de la cómoda la llave que acababa de ver en el suelo.

No quería encontrarla.

El primer lector. Seguramente yo no dejaría ese cuento en manos de mi hija.

El segundo lector. Hasta ahora no he visto un solo pelo del manguito de esta Francisca; y por lo que á ella toca, todavía ignoro si es morena ó es rubia.

Paciencia, lectores, paciencia. Os he ofrecido un manguito y acabaré por dároslo, como mi amigo acabó por dárselo á Francisca, que se había hecho su querida, como he tenido el honor de explicároslo en la línea de puntos suspensivos que más arriba coloqué. Francisca era rubia, rubia y alegre, lo cual no es común. Había ignorado el amor hasta los 20 años; pero un presentimiento de su próximo fin le aconsejó no retrasarse. No quería morir sin conocerlo.

Encontró á Jacobo y le amó.

La unión duró seis mееes. Se unieron en la primavera y se separaron en el otoño. Francisca estaba tísica; ella lo sabía; Jacobo lo sabía también por uno de sus amigos que era médico.—Tirará hasta lo que las hojas amarilleen —le dijo éste.

Francisca escuchó aquella conferencia, y vió también la desesperación que la noticia causaba á su amante.

¿Qué importan las hojas amarillas? —le dijo poniendo en una sonrisa todo su amor.— ¿Qué importa el otoño? Ahora es verano. Las hojas están verdes. Apro-

vehémonos, querido mío. Cuando me veas dispuest á dejar la vida me cogerás entre tus brazos, me besarás muy fuerte y me dirás al oído: «¡No te vayas!» Tú sabes que soy muy obediente. Si tú lo mandas me quedaré.

Aquella encantadora criatura atravesó durante seis meses las miserias de la vida bohemia con la canción y la sonrisa en los labios.

El médico decía á Jacobo: «Francisca está muy mala, es preciso cuidarla»; y Jacobo recorría todo París para encontrar dinero y comprar medicinas; Francisca tiraba las medicinas por la ventana. Por la noche, cuando sentía un acceso de tos, se levantaba de la cama y salía á la escalera en puntillas. No quería que Jacobo entrase oyéndola toser.

Un día en que fueron juntos al campo, Jacobo vió un árbol cuyo follaje amarilleaba. Miró tristemente á Francisca, que caminaba despacio y risueña.

Francisca vió á Jacobo palidecer y adivinó la causa.

—No seas tonto —dijo besándole.— Estamos en Julio; hasta Octubre faltan tres meses. Amándose de noche y de día, como haremos nosotros, se duplica el tiempo. Además, si yo me pongo mala, con las hojas amarillas nos iremos á vivir á un bosque de abetos. Esos tienen siempre las hojas verdes.

En el mes de Octubre Francisca se vió obligada á guardar cama. El amigo de Jacobo la asistía. La habitación de los amantes daba á un jardín; hasta la ventana subía un árbol que iba poco á poco perdiendo sus hojas. Jacobo puso una cortina en la ventana para ocultar el árbol á la enferma. Francisca exigió que se descorriese la cortina.

—Querido —decía ella á Jacobo.— Yo te daré mil besos por cada una de esas hojas que caiga. Además, estoy mucho mejor. Podré salir pronto; pero como hará frío y no quiero llevar las manos encarnadas me tienes que comprar un manguito.

Durante toda su enfermedad, fué aquel manguito el sueño de Francisca.

La víspera de Todos Santos, viendo á Jacobo descorazonado y triste, quiso ella prestarle valor y se levantó de la cama.

El médico, que llegaba en aquel instante, la hizo acostar de nuevo.

—Jacobó —dijo al oído del artista— valor. Francisca va á morir.

Francisca leyó en los ojos de su amante las palabras del médico.

—No le escuches —gritó tendiendo los brazos hacia Jacobo.— No le escuches; muerte. Saldremos juntos mañana... Es Todos Santos; hará frío. Vete á comprar un manguito. Tengo miedo á los sabañones.

Jacobó iba á salir con su amigo; pero Francisca detuvo al médico.

—Ve á buscar el manguito —dijo á Jacobo.— Cómprame bonito, que dure mucho.

Y cuando estuvo sola con el médico añadió:

—Sé que voy á morir, lo sé; antes de irme, encontrad alguna cosa que me dé fuerzas para una noche; conservadme bella para una noche todavía y muera yo después, puesto que Dios no permite que viva más...

Mientras el médico la consolaba, un vienteillo que penetraba por bajo de la puerta, agitó el espacio de la habitación y arrojó sobre el lecho una hoja amarilla desprendida del árbol del jardín.

Francisca descorrió la cortina y vió el árbol desnudo.

—Es la última —murmuró ocultando la hoja debajo de la almohada.

—No morirá usted hasta mañana —exclamó el médico.— Esta noche es suya.

—¡Qué dichal —gritó ella.— ¡Una noche de invierno...! Será larga.

Entró Jacobo. Traía el manguito.

—¡Qué lindo es! —murmuró Francisca— saldré con él.

Y pasó la noche con Jacobo.

Al día siguiente, día de Todos Santos, al sonar el *Angelus* de mediodía llegó la agonía para Francisca. Su cuerpo temblaba.

—Tengo frío en las manos —murmuró.— Dame mi manguito.

Y metió en el manguito sus manos descarnadas.

—Esto concluye —dijo el médico á Jacobo.— Abrázala.

Jacobó puso sus labios en los de ella. En el último instante quisieron quitarle el manguito.

—No —dijo ella.— Dejádmelo. Estamos en invierno; hace frío... ¡Ah, pobre Jacobo! ¡Qué va á ser de tí!... ¡Dios mío!...

Al día siguiente Jacobo estaba solo.

—*El primer lector.* Cuando yo decía que era poco alegre la historia.

—¿Qué quieres lector? No siempre se puede reír.

ENRIQUE MURGER.



VAGABUNDOS DE LEVITA.

En ningún país del mundo abundan tanto estos parásitos como en España, donde les cria con preferencia nuestra política del caciquismo y las preocupaciones pseudo-aristocráticas de nuestra *high-life*, para la cual el trabajo es una vergüenza. Millares de estos vagos llenan los despachos de los oligarcas y los salones aristocráticos, esparciendo por doquiera una atmósfera de holganza y vicios, que cae como rocío ponzoñoso sobre el país, aletargando sobre todo las energías de la industria y de la agricultura, faltas de capitales é inteligencias.

Los hijos menores de los aristócratas y plutócratas de Alemania é Inglaterra sirven al país como oficiales ó buscan en largos viajes comerciales un campo para su actividad. El orgullo de casta privilegiada les estimula; no quieren ser esclavos de nadie; perecen en aventurera lucha por la fortuna en las llanuras del Nilo ó contra los afghanos en Asia, ó logran hacerse ricos ó estimados de sus hermanos mayores, herederos del feudo de la familia. Y estos herederos saben también lo que significa trabajar: ellos mismos dirigen las faenas de su hacienda, entienden de la maquinaria agrícola y estudian las industrias similares á la agricultura con el fin de labrar las materias brutas de sus productos para sacar así mayores rendimientos y conservar como abono para los campos los despojos. Estos *kroutjunker*, ó sea nobles labradores, han introducido toda clase de progreso en el cultivo de Alemania é Inglaterra, y gracias á ellos extiéndense cada día más los procedimientos *colectivistas* en la agricultura, facilitando la gran reforma agraria del porvenir, que consiste en la labranza intensa del suelo por cooperativas obreras que aplican en gran escala los adelantos de la química agronómica y del maquinismo al cultivo.

¿Qué hacen los hijos de nuestros aristócratas, los duques de Alba, etc.? Salvo contadas excepciones, como el de Veragua, que brilla en la industria de ganadería, del marqués de Riscal, Mudela y algunos otros más, se preocupan nuestros «grandes» en cosas muy pequeñas: cuando jóvenes, seducen las criadas y corren detrás de las modistas; y cuando pueden gastarse el lujo de una querida, presumen á porfía de tener la más elegante, como los lores ingleses se disputan la mejor yegua en la carrera. La prole linajuda es la favorecedora principal de ciertos bailes de máscaras, y los *gentils hommes d'Espagne* tienen fama en los centros del vicio de París por su afición al juego, y entre las *cocottes* por *lapins*. Entre los nobles condenados por estafa por los tribunales parisienses figuraba, hace pocos años, nada menos que un sobrino de las instituciones; era una «calaverada» inocente: en el juego de prendas se había quedado con la sortija de una dama, y después había empeñado la alhaja en una casa de préstamos. En una palabra: es la hez de la sociedad española, parásitos repugnantes. Ni siquiera tienen la elegancia refinada del noble francés, sino, al contrario, revelan desde lejos su origen de perulero ó aventurero enriquecido en hazañas oscuras.

Ni una voz atenuante se levantará el día de la liquidación en favor de ellos. Uno de los muchos errores de la Revolución de Septiembre era el no haber borrado para siempre de la vida pública aquellos vagos perniciosos, que han conseguido contagiar á los pseudo-demócratas que les gusta adornarse con algún título altisonante. Así resultan los hombres portentosos de seriedad, que desprecian esta farsa como un insulto. No han podido los hombres de 1868 evitar que la relajación de costumbres penetre en los honrados hogares de la clase media, y que nuestros hombres públicos imiten los vicios aristocráticos, dándose tono de Don Juanes y alardeando de vagos en su forma variada del *sportman* á la moderna.

Juan Valera les ha caracterizado bien en cuanto á sus aficiones á la lectura. Un duque de Rivas vale, sin duda, un Byron; pero aquel duque literato era en España una excepción; en cualquier castillo feudal de Inglaterra se hallarán más libros que en las quintas de todos los nobles españoles juntos. ¿Sería creíble que un Rousseau encontrara en la tierra española una aristócrata que le diera hospitalidad? Lo más probable es que el lugar que pisara fuese sometido á un riguroso exorcismo por parte del confesor del grande. Si se quisiera aplicar la vigente ley de vagos, un medio millón de estos parásitos de sangre azul se vería en gran aprieto.

Sin embargo, muy lejos estoy en condenar como individualidades á estos desgraciados, víctimas del absurdo régimen social vigente. La ciencia sociológica no conoce culpable, se confunde en una sublime caridad con la frase de Jesús: «perdónales, porque no saben lo que hacen.» Son frutos venenosos de la raíz ponzoñosa, y en parte una triste consecuencia del orgullo nacional de los españoles. España ha quedado el país de las aventuras: los Lazarillos de Tormes existen aún hoy. Europa se ha convertido en una gran fá-

brica, donde todos trabajan y comercian; sólo en España se cree deshonrado aquel que trabaja. Largos años pasarán hasta que esta preocupación aristocrática se desvanezca, ó el soplo de una transformación social deba agitar los espíritus para que aquí estimen el trabajo.

Los vicios del vagabundo guerrero de antaño se reflejan en repugnante atavismo en nuestros vagabundos políticos. El *condottieri* del siglo XVI es hoy jefe de grupo ó oligarca-cacique. La valentía se ha trocado en astucia intencionada y dañina. Por desgracia penetran estas costumbres «caballerescas» también en las letras y en el periodismo, donde se encuentran algunos genios inéditos que desprecian toda clase de trabajo y que se creen muy geniales si hablan con asco de las clases trabajadoras, porque según ellos son aristócratas todos los talentos. Desprecio y encogimiento de hombros les provoca el escritor que además de escribir versos, dramas ó novelas, ejerce una profesión cualquiera, y hasta hay quien escribe con una letra ilegible ó infernal, para no parecerse á un «hortera» ó á un empleado de oficina.

Para estos fatuos vagabundos de levita citaré las palabras del prestigioso novelista y publicista parisién Marcel Prévost, quien dice: «Balzac dió lecciones de filosofía durante el día, y dedicaba las noches para escribir poesías y novelas. Cuando éstas se vendieron dejó de explicar el imperfecto categórico y los principios de la razón pura, y se hizo de la noche al día escritor. Igualmente quedaba Guy de Maupassant, largo tiempo agregado de un Ministerio. André Theuriot ha cumplido sus 30 años de servicio: ¿es por esto menos importante como poeta y novelista? Aun ahora es el autor de *Vassale* funcionario de instrucción pública. Creo también que en algún Ministerio redactó, entre sus ocupaciones oficinescas, sus sonetos el poeta Albert Samain... Aquellos han perdido una de las más sanas sensaciones de la juventud literaria, quienes no saben lo que es correr apresuradamente á la entrevista con la novia, después de la labor diaria, ó la poesía medio terminada ó el drama esbozado. ¡Jóvenes escritores, no debéis ruborizaros de estos trabajos y escoged las ocupaciones más modestas, más humildes, que absorben menos el pensamiento, para que vuestros esfuerzos puedan dedicarse íntegros á la labor de artista! Y si os sonríe el éxito, no tengáis vergüenza de haber sido humilde peón, humilde *reporter*, humilde empleado. Murat, el rey de Nápoles, enseñaba con orgullo la fusta de cochero, que había trocado por el cetro, diciendo: «¡de ahí he salido!»

Gran parte de los jóvenes literatos dejarían las Musas si se ocuparan en alguna profesión, y las letras y las redacciones ganarían con esta eliminación voluntaria. El escritor de vocación imitará á Balzac y á Zola, ó seguirá sacrificando ante los altares de las artes en las horas de ocio, como lo hizo Hartzbusch y lo hace Tamayo y Baus, bibliotecarios, como lo fué el gran Lessing en Alemania, y como Goethe y el cantor de Elisa, ambos de profesión presidentes de ministros, y al fin Rousseau y Tolstoi, labradores de oficio y el último á ratos zapatero.

ERNESTO BARK.

COSAS.

Desde el número próximo, GERMINAL continuará publicándose todos los viernes, quedando encargado de la gerencia, nuestro querido compañero de redacción, D. Nicolás Salmerón y García.

En dicho número publicaremos la lista de los redactores.

GERMINAL se publicará como anteriormente, en números de á 12 páginas ilustradas con excelentes grabados.

El 4.º Congreso nacional de empleados de Francia, acaba de terminar sus sesiones. Han sido votadas las siguientes resoluciones: creación de tribunales de árbitros para resolver las diferencias entre los empleados y las empresas; fijación en ocho el máximo de las horas de trabajo y un día por semana de descanso; organización de un servicio de vigilancia de higiene y salubridad de las oficinas; supresión de las agencias de colocaciones sustituidas por la organización de una sección de demanda y oferta de trabajo apoyada por el órgano de la asociación, y exigir garantías á las empresas con respecto á las indemnizaciones por los accidentes ó por las enfermedades originadas por el trabajo.

GERMINAL felicita á los empleados franceses y espera que los de España seguirán tan hermoso ejemplo.

Entre los empleados adheridos mencionaremos: el Sindicato de los profesores é institutrices de París y provincia; el Sindicato de los empleados de Marsella,

de Rouen, de Tolouse y otras ciudades, y los empleados de la Compañía del Gas de París.

La Federación de obreros agricultores de Cataluña cuyo órgano *El Campesino* fué suspendido arbitrariamente bajo el pretexto de la «ley anarquista», pide del Gobierno liberal que devuelva la legalidad constitucional á la popular Asociación.

«Reclamamos lo que como ciudadanos nos corresponde, para obrar después como entusiastas partidarios de la República federal socialista.»

Nuestros amigos y correligionarios no piden nada más que lo justo. El Gobierno no debe olvidar que provocará la protesta anarquista si quiere ahogar la legítima y razonada propaganda socialista.

Apelamos á la prudencia y previsión de los gobiernos monárquicos interesados en cumplir con la justicia.

AVISO IMPORTANTE.

La Redacción y Administración de esta REVISTA, se han trasladado á la calle de la Libertad, núm. 29, donde se dirigirá toda la correspondencia.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

Castellón.—D. J. S.—Recibidas 3,90 pesetas y 11 ejemplares devueltos, le abono en cuenta, por ambos conceptos, 5 pesetas.

Bilbao.—D. T. S.—Recibidas 2,50 pesetas para pago de su suscripción hasta fin de año, quedan abonadas en cuenta.

Pueblo Nuevo.—D. A. S. O.—Recibidas 2 pesetas para pago de su suscripción hasta fin de año. El importe de ésta es 2,50 pesetas, remita los 50 céntimos que resta. No obstante le sirvo el número.

León.—D. F. S.—Recibidos 8 ejemplares devueltos, le abono en cuenta 80 céntimos por esta devolución.

Miérc.—D. C. R. M.—Hecha su suscripción, puede remitir el importe en libranza, letra ó sellos.

Atcoy.—D. M. E.—Le remito el núm. 19, el núm. 1 irá cuando se haga tirada por haberse agotado. No sufre demora el envío de su paquete.

Valencia.—D. P. S.—Le remito 25 del núm. 23 y 15 del 22, le seguiré enviando semanalmente 25 ejemplares. Puedo servirle ejemplares atrasados, excepto del núm. 1 por haberse agotado. En breve haremos tirada de él.

Valls.—D. P. S.—Le remito los ejemplares de los números 21, 22 y 23. En lo sucesivo le mandaré todas las semanas 15 ejemplares hasta nueva orden.

Cáceres.—D. J. M. S.—Recibidas 9 pesetas para pago de su suscripción por un año, se la abono en cuenta.

Cuevas.—D. P. P. N.—Recibidas 16 pesetas que le abono en cuenta. Le contestaré á los demás extremos de su carta.

Ferrol.—D. E. S.—En vista de sus devoluciones deje de remitirle el paquete.

Toledo.—D. A. A.—Hasta hoy no he recibido su reclamación, le sirvo los números que le faltan y continuaré haciéndolo sin interrupción.

Almería.—D. R. G. H.—Recibidas 9 pesetas para un año de suscripción. Le remito los números atrasados desde el núm. 2. Del núm. 1 se lo mandaré cuando se haga tirada, porque se ha agotado.

Villaviciosa.—D. J. A.—Le remito 4 ejemplares de los números 22, 23 y 24, y continuaré la remesa en lo sucesivo.

Reus.—D. P. T.—Hecho el aumento que solicita. Los números atrasados se los remesará en seguida.

EL ADMINISTRADOR.

GERMINAL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS VIERNES

Redacción y Administración, LIBERTAD, 29

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid	Trimestre	2	pesetas.
	Año	7	—
Provincias	Trimestre	2,50	—
	Año	9	—
Extranjero y Ultramar: Año		15	—
Número suelto		0,15	—
Idem atrasado		0,50	—

A los corresponsales y vendedores: mano de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

Anuncios á precios convencionales.

Pagos adelantados.

Toda la correspondencia al Administrador.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.